

CAPÍTULO 1

PASIÓN FLAMENCA

Un hombre caminaba por las calles de Madrid. Era argentino. Hacía pocos días que había llegado desde Montevideo donde comenzó su exilio. La primavera lo recibía con sol brillante y música de castañuelas. Se dirigió hacia la Plaza Mayor. Iba a encontrarse con Ventura de la Vega, compatriota que residía desde pequeño en España.

Al llegar allí vio a un alegre grupo de jóvenes que bailaba. Sus ojos se detuvieron en el ondular de una cintura de mujer. Era la sangre mora hecha danza. El rojo mantón, alas que batían incesantes. El joven tenía por ese entonces veintitrés años. España con su sensualidad empezaba a embriagarlo.

—¡Ole, guapa! —se escuchaba entre alegres palmas.

El recién llegado reía. No sabía por qué. Tampoco le interesaba la causa de su éxtasis. Su presente era invadido por el perfume de los claveles rojos y el son flamenco que se le iba metiendo en la sangre.

—¡Bendita la “mare” que te parió! —gritó un gitano.

El extranjero se sintió irresistiblemente atraído por el burbujeante grupo. Fue entonces cuando se animó a avanzar hacia la bailarina. El sol del mediodía enardeció su piel. Le pasaron la bota. El vino tinto le mojó la barba. La belleza de la mujer lo hacía decidido. Una vez terminada la música se abrió paso para mirarla a los ojos. Entonces se presentó:

—Bernabé Demaría, a sus órdenes —le dijo besándole la mano.

—Rosario Pastor es mi nombre, guapo —respondió acomodando su abundante cabellera morena. Tenía enormes ojos oscuros y boca sensual. Era alegre. Su voz, grave. Se plantó altanera frente al hombre para decirle:

—¿Quieres venir con nosotros al Ateneo? Tendremos tertulia, cante y buen vino.

—Claro que sí —respondió fascinado por el decir gracioso de la española—. En cuanto llegue la persona que espero... —alguien lo tomó del hombro diciendo:

—¡Bienvenido, Bernabé! Claro que iremos, maja —era Ventura de la Vega, quien conocía a Rosario y a toda la familia Pastor de las tertulias más concurridas de la época. La última vez se habían encontrado en la de don Manuel Cañete donde se leían poemas no sólo de autores españoles sino también latinoamericanos. Con respecto a estas reuniones el Marqués de Molins escribió: “Quién sabe si allí comenzó a arraigarse de nuevo humilde como violeta, la fraternidad intelectual cuyo aroma embalsama actualmente el ambiente literario del los dos pueblos”.

Ella estaba acompañada por sus padres y dos hermanos que tocaban la guitarra.

Fueron caminando hasta la Plaza del Ángel. El Ateneo de Madrid, adonde se dirigían, había sido fundado en octubre de 1835. En diciembre del mismo año fue nombrado presidente el Duque de Rivas. Era un centro de discusión e irradiación cultural. En 1839, siendo presidente Martínez de la Rosa, se trasladó a un nuevo local en la Plaza del Ángel.

Al entrar los recibió Antonio Esquivel. Bernabé siempre había soñado con conocerlo. El pintor sevillano había llegado a Madrid en 1831 con José Gutiérrez, otro artista.

—El maestro Esquivel —don Ventura de la Vega se adelantó para presentarle a Bernabé.

—Es un honor para mí conocerlo —respondió Demaría emocionado.

La profesión del joven argentino era la de escribano pero desde niño se había interesado por el arte. La pintura y la literatura eran su pasión. Le parecía estar viviendo un sueño. Música, intelectuales y la belleza de Rosario conformaban el paraíso de esa noche madrileña. Nunca había conocido a una mujer que además de hermosa fuera tan inteligente e informada. El padre y los hermanos la miraban disgustados al escucharla comentar las últimas novedades literarias. No entendían cómo una niña criada en una familia decente adorara la danza. Manuela, su madre, había nacido en el sur de España, allí donde el cante y el baile son el modo de reír y de llorar.

—Pues, hombre —dijo Antonio—, que los invito al Liceo Artístico y Literario. Allí estoy exponiendo algunas pinturas mías. Además quiero que conozcan la revista que tenemos desde el '37.

—Con mucho placer —respondió Bernabé entusiasmado.

—Ya vamos allí todos —exclamó Rosario levantándose,

—Un momento niña, que no son horas para mujeres —sentenció su padre. Cuando su hija iba a protestar, agregó—: Ramón, Paco, acompañen a vuestra madre y hermana hasta la casa.

Rosario se fue indignada, casi sin saludar al extranjero. Demaría no dejó de mirarla. Aquella mujer lo había embrujado. Tuvo la certeza de que iba a ser protagonista de una bella historia de amor.

Bernabé se quedó distraído, en silencio. No advirtió la llegada de un hombre. Su andar denotaba seguridad y prudencia. Las manos en los bolsillos y una sonrisa cordial y bondadosa. Se sentó junto a él y sin más le dijo:

—Las mujeres... son deliciosas pero a pesar de que algunos todavía no quieren darse cuenta... el eterno tema “Antes, ahora y después”. Mira, en el '37 escribí así —hizo una pausa para pararse, respirar hondo y continuar—: *“Las mujeres, según la observación también exacta de otro autor crítico, son las que forman las costumbres, así como los hombres hacen las leyes, quedando igualmente por resolver la eterna duda de cuál de estas dos causas influye principalmente en la otra, a saber: si las costumbres son únicamente la expresión de las leyes, o si éstas vienen a reproducirse como reflejo de aquéllas”*.

—Escúchalo, Bernabé. Es nuestro agudo Mesonero Romanos —agregó Esquivel.

—Más conocido como el Curioso Parlante. Mucho gusto —le dijo el escritor estrechando la mano de Demaría.

Los hombres siguieron conversando acerca de mujeres, costumbres, ferias, tipos y caracteres de Madrid. Caminaban riendo como si se hubieran conocido desde toda la vida. El extranjero se sintió como en su casa. El exilio lo había llevado a la tierra de sus mayores. Bernabé era hijo de José Antonio Demaría y Prado, quien había nacido en Puerto

Real en el año 1798. Había llegado a Buenos Aires llamado por su tío paterno en 1815. En 1822 se casó, como era bastante común en esos tiempos, con su prima hermana Mercedes Demaría Escalada, sobrina de Remedios, esposa del General San Martín. El matrimonio tuvo once hijos. Bernabé era el primogénito.

—¿Qué les parece ir a comer un buen cocido al restaurante “Lhardy”?
—sugirió Antonio.

Los jóvenes entraron riendo. El local estaba repleto. El dueño los recibió con un abrazo. Mientras comían Ventura contó que el suizo Lhardy se había establecido en Madrid en 1839. En un principio el local fue pastelería. Luego inició con el restaurante un nuevo capítulo en la gastronomía matritense ya que hasta ese momento sólo existían las fondas.

El dueño volvió a la mesa para invitar al extranjero y sus amigos con un buen vino de Burdeos. Se despidieron con un abrazo y la promesa de volver al restaurante.

Al llegar al Liceo Artístico y Literario Bernabé pudo admirar la profunda espiritualidad de las pinturas religiosas como la Virgen con Santos que Esquivel había creado el año anterior.

—Ven hombre, aquí vas a conocer a los escritores contemporáneos —le decía Antonio al mostrarle el cuadro que representaba a don José Zorrilla ofreciendo una lectura de poesías a cuarenta artistas de la época.

—¡Qué belleza! —Bernabé estaba extasiado—. Este lienzo es un valioso documento de época y archivo iconográfico excepcional.

Más avanzada la noche, Esquivel le contó parte de su vida al joven argentino. Entre música y vinos le habló de su agradecimiento hacia los miembros del Liceo, cuando lo ayudaron económicamente.

—Mira, me había quedado ciego por causa de una dolencia humoral —hizo un emocionado silencio para después continuar—. Llegaron a organizar funciones benéficas para ayudarme. —Todos permanecían en silencio en señal de respeto hacia el maestro cuando le confesó a Demaría— Quise matarme. Sí, dos veces.

Ramón, quien ya había regresado de dejar en su casa a la madre y la hermana, se adelantó para mostrar una pintura:

—Mira, Bernabé. Este cuadro fue donado por Antonio en agradecimiento al Liceo, cuando recuperó la vista en el 41. ¿Ves? Representa La caída de Luzbel.

Todos aplaudieron. Uno a uno iban acercándose a abrazar al artista.

El grupo fue luego a tomar un trago a la “Fontana de Oro” que estaba en la carrera de San Jerónimo y era lugar de cita para los recién llegados a Madrid con sus sueños artísticos. Al finalizar la noche Antonio Esquivel había aceptado a Bernabé Demaría como discípulo.

El joven comenzó a ir al taller que tenía Antonio en el Liceo. Además de tomar clases de pintura pudo conocer a los políticos más encumbrados de la época a los cuales el maestro había pintado, tales como Mendizábal y Espartero, y actores y cantantes como Paulina García. Además de tantos personajes anónimos pertenecientes a la clase media. El pintor sevillano fue un precursor en los temas populares, pintando en algún cuadro el cante y el baile flamenco.

Después de varios meses de aquel inolvidable e intenso día que comenzó con sol radiante en la Plaza Mayor y que terminó con confesiones íntimas y vinos en el Liceo, aquella tarde reencontró a la hermosa Rosario en el taller de su maestro.

La vio allí, vestida de negro con su mantón rojo recostada en el sofá. Su abundante cabellera acariciaba los hombros, el abanico de marfil cubría el sugestivo rostro. Antonio la estaba pintando. Bernabé enmudeció ante el sortilegio de su belleza. Permanecía extasiado hasta que Esquivel, al advertir su presencia, dijo:

—Bernabé, ven hombre. Si mal no recuerdo ya conoces a esta maja.

—Sí claro. ¿Cómo va Rosario? —respondió perturbado. Ella, sin levantarse, le regaló una sonrisa.

A la media hora, justo al concluir el pintor su trabajo, llegaron Ramón y Paco a llevarse a su hermana. Demaría estaba embelesado por ella. El joven supo de la melancolía de los atardeceres donde escribir un poema era la única salida. Cuando caía la noche se encaminaba hacia el café “Nuevo” de la calle de Alcalá o a “La Cruz de Malta” en la calle Caballero de Gracia, junto a la Red de San Luis. Allí evitaba la com-

pañía. Prefería tomar unos tragos en soledad recordando a su amada mientras bosquejaba su rostro sobre un papel.

En la mañana del 21 de septiembre de 1847 llegaron unos amigos a invitarlo a las tradicionales ferias de San Mateo y San Miguel. Todos los años tenía lugar la célebre exposición de la industria y productos más o menos naturales, mercedes que los madrileños deben a la bondad del Señor Don Juan II de Castilla, por privilegio *“expedido en la villa de Valladolid a los 18 días del mes de abril de 1447”*.

—¡Qué maravilla! —expresaba Bernabé ante el palacio de cristal.

Aquel año, como los anteriores, había sido preparado en la bella calle de Alcalá, la más aristocrática de la villa. El mercado exhibía los puestos ambulantes, los cajones-tiendas y baratillos. Los jóvenes pudieron comprar desde muñecos y cachivaches del Tirol hasta mantas de Palencia y platos de Talavera así como también disfrutar de una puesta en el teatro de la feria.

Bernabé era feliz paseando por una de las famosas ferias que en otro tiempo fueron pintadas por Goya.

Se sentaron en el café “Suizo”. Un matrimonio que estaba frente a ellos leía en el periódico la noticia que ya todo Madrid comentaba:

“Hoy sale S.M. la Reina a las cuatro de la tarde para Aranjuez, donde permanecerá probablemente hasta la entrada del verano, trasladándose luego a la Granja o al Escorial. Por fin parece que S.M. el Rey ha resuelto no acompañar a su augusta esposa y permanecer en Madrid durante su ausencia”.

El fracaso del matrimonio real era el comentario de la gente.

La reina Isabel II había sido obligada a casarse con su primo, Francisco de Asís, en 1846, cuando tenía trece años.

Los jóvenes empezaron a disfrutar de esa tarde viendo pasar las bellezas que parecían salidas de una pintura de Monet. Ellas se paseaban desde el café hasta la esquina de la Casa-Riera.

Demaría estaba distraído, cuando advirtió la llegada de Rosario. Esta vez iba acompañada con dos amigas. Sus padres caminaban detrás. Sus hermanos iban conversando a un costado. Las damas, vestidas de

color hollín, ceniza y pasa de Corinto como correspondía a las mujeres de su clase. Las toquillas, de gama clara, celeste, rosa y amarillo de Nápoles. Rosario era la única que llevaba mantón rojo.

—Pero, no entiendes niña. El pueblo ama el rojo bermellón, el amarillo tila y el verde forraje —le advertía doña Manuela.

—Pues a mí me gustan los tonos vivos, “mare” mía, que van con la alegría de mi “arma”. ¿Qué hay de malo? —contestaba con vehemencia.

Cada mañana discutían. La madre había dejado de bailar cuando conoció a su marido. Todavía soñaba con las sevillanas y los fandangos que danzaba siendo niña. En cambio esta hija suya seguía con los colores vivos y la danza a pesar de las prohibiciones de su familia. Rosario nunca pudo entender por qué debía adormecer dentro del cuerpo el movimiento que la música le despertaba.

Bernabé, al verla esa tarde, se animó a recitarle unos requiebros escuchados en Lavapiés.

*Tus gracias y mi valor.
Formen de hoy más alianza
Y naveguemos unidos
Del mundo en la frágil barca.*

*Lo que mi mano conquistó,
Lo que conquisten tus gracias,
Disipárase en meriendas,
Toros, calesas y zambras.*

*Con lo cual, y mi respeto,
Verás que todos te aclaman
Por reina de Lavapiés
Y por diosa de las gracias.*

*Yo en tanto al pie de tu altar,
Sin escuchar sus plegarias,
Me haré cargo del tributo
Que brinde amor a tus plantas.*

La muchacha sonreía al ver al joven recitando, arrodillado a sus pies. Los padres se habían detenido a comprar unas baratijas. Los hermanos salieron detrás de unas hermosas jóvenes. Las amigas, sonrojadas, cuchicheaban detrás de los abanicos.

—Me tienes loco de amor, Rosario —le declaró Demaría besándole la mano.

Ella empezaba a acariciarlo con la mirada cuando llegaron los padres para llevársela. La cuidaban demasiado. Bernabé era extranjero. Estaba en España por diferencias políticas con el gobierno de Rosas. Tal vez algún día, no muy lejano, tuviera que volver a su patria. La única hija mujer, refugio y amparo de la vejez de los padres, en la Argentina les parecía una tragedia. Los señores Pastor— se quedaban hasta tarde conversando con Ramón y Paco sobre la necesidad de vigilar a Rosario. La muchacha en cambio pasaba las noches en vela soñando con el amor del argentino.

Pero ese sentimiento entre Rosario y Bernabé era tan fuerte que no hubo cerrojo capaz de impedir los encuentros furtivos. Una noche planearon encontrarse en un baile. Bernabé se sentía nervioso. Quiso vestirse a la moda. Por eso en lugar de camisa se puso un pañuelo negro al cuello. Se colocó el sombrero metido hasta la ceja izquierda. Lucía una espesura de patillas, barbas y bigote que se unían a unos oscuros bucles. Se miró al espejo. Descubrió su mirada sombría. No muy convencido de su indumentaria se sentó a esperar a los amigos. Al verlo así vestido Bretón de los Herreros, su nuevo amigo, lo instó a ponerse camisa y corbata. Bernabé siempre la usaba pero en Madrid todos los jóvenes llevaban pañuelo al cuello. Para Demaría, como para otros hombres elegantes de la época, la corbata era lo más importante de la indumentaria.

—Pues sí, amigo —le decía Bretón—, hace un tiempo yo escribí acerca del uso de la corbata: “...*Ella es respecto al todo del vestido lo que los ojos en una hermosa respecto a toda su cara... Por la corbata se juzga al hombre o permítasenos decir, que la corbata es todo el hombre*”.

Ya más conforme consigo mismo, Bernabé se encaminó con sus amigos al deseado encuentro.

En la casa de los Pastor, Rosario discutía con su madre. –Debes ponerte el miriñaque –le advirtió doña Manuela. –¡Que no, “mare” mía! –refunfuñaba la muchacha–. Mira, estos aros de metal y tirantes de tela no son para mí.

–Pero hija, ¡qué testaruda eres! Desde el ‘40 las mujeres saben que esta moda es cómoda. ¡Cuánto lavar enaguas nos evita! –agregó para convencerla.

Pero nada, que el miriñaque quedó solo sobre la alfombra del vestidor y Rosario se fue al baile con su familia pero moviéndose con libertad.

El salón era espléndido. Los hombres de etiqueta, las mujeres con amplios miriñaques. Ellas llevaban carnet donde estaban anotados los bailes que iba a interpretar la orquesta. Ellos, después de pedir permiso, elegían el que más les gustaba escribiendo su nombre al margen. Cuando concluía la pieza se debía acompañar a la pareja hasta su sitio puesto que era mal visto sentarse junto a ella.

Eran los tiempos de la aparición del vals. Por primera vez el brazo del galán rodeó la cintura de la muchacha. En los lanceros, rigodones y minuets, danzas conocidas hasta el momento, no había más roce que el de los dedos. Bernabé pudo aquella noche acariciar por primera vez el talle de su amada. Algunos hombres no bailaban, simplemente se refugiaban en un rincón con los amigos para discutir sobre política; del último golpe de Estado que se preparaba se hablaba tanto y tan a menudo que el gobierno acababa por no hacer caso de rumores y entonces llegaba de verdad. Discutían acerca de la guerra civil, embriagados por las ideas liberales que venían de Francia. Otros empezaron a jugar al tresillo.

En un rincón una pareja “*requebrándose el oído/sin hacer caso de nadie*”. Eran Rosario y Bernabé. En un descuido de la mirada vigilante de los padres de la muchacha el joven la llevó hasta el balcón. Temblaron al sentir el primer beso. Él la apretó contra sí en un apasionado abrazo. Ella sonrió recordando que el miriñaque le hubiera impedido la cercanía de los cuerpos. Empezaban a conocer el placer doloroso del amor. De-seaban estar juntos pero no podían. El joven le recitaba unos versos al

oído. Antes de separarse ella le prometió enviarle su álbum para que él escribiera unas cuartillas en sus páginas. Una mujer, seguramente celosa de verlos tan enamorados, los interrumpió.

—¿Queréis un dulce? Aquí tengo almendras, yemas y pastillas —sonrió con ironía y se fue diciendo—: No habéis probado bocado.

Comieron en silencio sin dejar de acariciarse con la mirada. Al terminar la fiesta detrás del cortinado pudieron robarse un beso. Se llevaron en los labios el sabor de los postres compartidos.

Empezaron a amarse en marzo del '48. Fue en el mes de la revolución. Volvían los enfrentamientos entre los partidarios de la Reina y los de Don Carlos. El 26 de marzo se habían citado en la casa de unos periodistas amigos. Afuera se empezó a escuchar un revuelo. Bernabé se asomó al balcón para ver qué pasaba. Eran los liberales que empezaban a levantar barricadas por las calles de Madrid. Demaría no quiso perder tiempo. Inmediatamente salió en un carruaje a llevar a Rosario hasta su casa. Al llegar la joven fue ayudada por María, su nana, para que no la viera la familia.

—Dejadme ir con vosotros —le dijo la muchacha a su novio.

—Cordura, mujer —le pidió Bernabé.

La besó alejándose sin escuchar las súplicas de su amada.

Demaría se unió al grupo de jóvenes revolucionarios. Aquel día se llegó a tomar momentáneamente la Puerta del Sol al grito de "*Viva la República*".

El 28 de marzo, ya calmados los ánimos, en la casa de la familia Pastor se leía el periódico *El Español*: "... se dieron vivas a la República y hubo gran número de muertos y heridos".

Jóvenes que luchaban por la libertad política y la libertad para amarse. Rosario y Bernabé no podían entender de cadenas para estar juntos. Demaría se encaminó hacia la casa de su amor. Quería hablar seriamente con los padres.

Le abrió la puerta un criado. Lo invitó a esperar a los señores en la sala para las visitas. El tiempo se le hacía interminable. No quería pensar. Su mirada se detuvo en los trovadores de biscuit que adornaban las mesas y estanterías.

El recinto exhibía pilastras de caoba terminadas por cabezas de bronce. Había candelabros de plaqué con bujías. El lugar le resultó cursi y frío. Bernabé advirtió que como otras casas en Madrid ésta permanecía en la oscuridad con las cortinas corridas. Vio unos búcaros de barro rojo que dejaban transpirar el agua a través de los poros. *“La habitación está fresca como una cueva”* se dijo disgustado por el lugar y la espera.

—Buenas tardes, jovencito. —La voz potente del padre de su novia lo sobresaltó.

—Muy buenas, señor —respondió intentando disimular su nerviosismo.

Con un gesto el dueño de casa lo invitó a sentarse frente a él. Estaban solos hasta que otra puerta se abrió. Esta vez eran los hermanos de Rosario que se colocaban de pie, detrás del padre. La expresión de los tres hombres era adusta, de pocos amigos. Bernabé trataba de parecer seguro y aplomado.

—Al grano, majo. ¿Qué intenciones tiene con mi niña? —irrumpió Pastor.

—Casarme, buen hombre —dijo parándose emocionado pero muy seguro de sí mismo.

Ramón y Paco se movieron amenazantes. El padre se incorporó para decirle.

—¡No se la lleve para América! —su voz ya era suplicante—. Su “mare” llora por las noches.

Bernabé bajó la cabeza en silencio. ¿Qué podía responder? Él sabía todo lo que extrañaba a su querida Argentina. No hubo más palabras. Uno de los hermanos fue a buscar a las mujeres que simulaban bordar en el gabinete. Después de tomar un chocolate se despidieron.

Pero al fin, al cabo de una semana, entre besos, llantos y risas se concretó el compromiso de Rosario y Bernabé.

Era mayo, primavera que en otros tiempos se celebraba con una poética romería a las orillas del Manzanares, llamada de Santiago el Verde. Tres fiestas emblematicaban el mes de mayo: la poesía de la religión, del patriotismo y del trono. La primera, San Isidro Labrador, la segunda es la fiesta del Dos de Mayo, que recuerda a las víctimas madrileñas de 1808,

y la tercera, la fiesta de corte dedicada al Monarca que representa al trono español, ocupando un lugar destacado en la historia y en los altares.

Rosario y Bernabé se casaron una mañana de mayo de 1848 en San Ginés. Fueron en coche hasta la calle del Arenal donde se levantaba la vieja parroquia del siglo XIV. Se escuchaban los gritos de los vendedores de requesón de los Caños del Peral. Al entrar se tropezaron con los mendigos lisiados. Demaría se detuvo para dar su limosna. El olor que despedían era insoportable. Rosario y su madre tuvieron que taparse la nariz con el pañuelito aromatizado con manzanas verdes.

Un sol radiante y flores silvestres engalanaron la ceremonia. En la fiesta hubo paella y buen vino. La flamante esposa bailó sevillanas y fandangos. El marido reía de felicidad al verla.

Por la noche él se la llevó en brazos al carruaje. Mientras el cochero los conducía hacia un castillo en Toledo ellos se besaban apasionadamente. Los cuerpos se iban conociendo con golosa lentitud. Cuando llegaron el conductor les avisó golpeándoles la puerta. Rosario no sabía dónde estaban. Su marido también estaba embriagado de amor. Al llegar a la habitación ella quiso bailar sólo para él. En la semioscuridad Rosario zapateaba toda la pasión del tango flamenco. Bernabé, la camisa desabrochada, batía palmas embelesado con la belleza de su mujer. Ella avanzaba con los brazos en jarra; los pies, punta y talón, como los gatos. Iba hacia él moviendo el mantón como sólo las de su raza pueden hacerlo. Las manos hacia arriba acariciando el aire. Su cara y sus hombros semicubiertos por la rica mantilla negra. Al llegar al borde de la cama él la arrebató con fuerza. Sin dejar de mirarse a los ojos rodaron por la cama. El cuerpo de ella cubierto sólo por la mantilla lucía como una bella obra de arte. Hicieron el amor hasta el amanecer.

La flamante pareja vivía en los altos de la casa de los padres de Rosario. Allí fueron felices. Bernabé seguía pintando. Rosario lo acompañaba hasta altas horas de tertulia con pintores y poetas que los visitaban.

—En París conocí a Francisco Bilbao. Juntos estamos participando de las luchas sociales —comentaba otro argentino exiliado.

—Nos enteramos por el periódico —intervino Bernabé—. Parece que lo han condenado en Valparaíso por la publicación de su artículo “Sociedad chilena”.

Los jóvenes comentaban que sus papeles se habían quemado públicamente y llegaron a tildarlo de “*blasfemo, inmoral y sedicioso*”.

Fue en ese momento cuando Antonio se paró para agregar:

—Se lo llama inmoral por denunciar los matrimonios de conveniencia y sedicioso por su exigencia de reformar la Constitución de 1833. ¿Qué opinan, mis queridos amigos? —concluyó con una sonrisa que denotaba dolor.

—Me enteré de que Bilbao ataca la situación de sometimiento de la mujer —agregó Rosario.

Siguieron conversando acaloradamente acerca de justicia social, de la valentía del chileno para criticar la Constitución que dejaba la censura en manos de la Iglesia, atacando de ese modo la libertad de expresión.

En el verano decidieron viajar a Granada para la muestra de pintura. Allí se expondrían algunos cuadros de Bernabé.

Tomaron la diligencia hacia Sevilla. El viaje duraba cuatro jornadas y media porque por las noches se descansaba en las posadas. La soledad del campo hacía meditar a muchos sobre la posibilidad de la llegada de bandidos. La aventura inflamaba la imaginación de los viajeros, sobre todo de los extranjeros. El bandolerismo había nacido de las guerras civiles. Por una parte porque las guardias estaban ocupadas por esas contiendas y por otra porque daba un gusto de violencia a la vida de muchos jóvenes que, una vez licenciados, no sabían volver al tajo y permitieron al bandido enmascarar sus acciones con motivos políticos. Las diligencias llevaban en el imperial unos escopeteros con las armas cargadas. En general éstos eran antiguos bandoleros que para ser indultados trabajaban para el lado contrario. A veces la administración de diligencias hacía convenios con una banda fuerte y entonces solamente había que preocuparse de algún bandido solitario que no estuviera incluido en el alto nivel de esos arreglos.

Durante el viaje Rosario le iba contando a su marido acerca de las leyendas de famosos bandidos como “*Los siete niños de Écija*”.

Recostando la cabeza en el hombro de Bernabé la muchacha repetía la copla:

*Camino de Sevilla, Pacó.
Camino de Sevilla, Pacó,
van siete niños
y uno de los siete, Pacó,
y uno de los siete, Pacó,
es mi cariño.
Y son ladrones
Y roban como nadie, Pacó,
los corazones.*

En Granada Demaría vivió la emoción de ver sus cuadros expuestos, rodeado del estímulo de sus amigos y de su mujer.

Vueltos a Madrid empezaron a frecuentar las tertulias del Marqués de Molíns y todos los miércoles iban a la de Patricio de la Escosura que, después del pronunciamiento de 1843 y de haber sido subsecretario de gobernación, tenía ya su patente de político y hombre de letras. Por otra parte, el flamante matrimonio reanudó las pequeñas reuniones artísticas en su casa. A ellas se incorporó Mesonero Romanos. Rosario disfrutaba platicando con él. Una fría tarde de noviembre estaban conversando junto al brasero la dueña de casa, su marido, Esquivel y don Ramón. Los vecinos criticaban la risa de la joven. Su familia y el vecindario no podían entender cómo una mujer decente cantaba, bailaba y reía tan libremente. Cansado de las habladurías que sufría su amiga empezó a leer en voz bien alta un fragmento de su artículo de costumbres llamado “Una mujer risueña”:

“Ya os veo venir, señores moralistas, ya os veo venir; sin duda, que vais a decirme que es cosa reprehensible una mujer que convierte un salón en una galería de caricaturas; que renuncia a aquella reserva que el decoro y la buena educación imponen a una joven; que se expone con esta indiscreción a las hablillas y a las sospechas...” Rosario reía más fuerte al ver al Curioso Parlante gesticular. La ventana seguía abierta. Los vecinos, asomados a los balcones. El hombre continuó: *“Alto ahí, señores míos; ya he dicho que nuestra heroína es buena; sólo que la ha dado por reír; y díganme ustedes de buena fe: ¿merece otra cosa este siglo del fósforo, de los programas y de la limonada de gas?”*

Al concluir se escucharon unos aplausos y unos gritos de “*Socorroooo*”. Los primeros eran de Bernabé y Antonio Esquivel, los segundos de Paca, la vecina de enfrente, que casi se cae del balcón por curiosar.

Al llegar las guitarras Rosario no pudo dejar de bailar. Lo hizo toda la noche. Al amanecer los invitados se fueron. Ella cayó en brazos de Bernabé para una vez más vivir el fuego del amor.

Era diciembre. Nevaba. Esa mañana a la señora de Demaría se le antojó acompañar a la cocinera hasta una de las plazas de Madrid a un típico mercado de pavos navideños. Era tanto el frío que la mujer temblaba cuando llegó a la casa cargando dos aves que chillaban.

—¡Virgen Santa, la señora! —salió gritando María. Doña Manuela subió muy nerviosa. Su hija permanecía desmayada sobre la alfombra del gabinete junto al bargueño. El médico llegó enseguida. Parecía que no había sido grave porque al rato la joven señora estaba tomando un chocolate bien caliente. No quiso que le dijeran nada al marido.

Por la noche todos estaban reunidos junto a la mesa de Navidad. El niño del pesebre parecía sonreír. Después de los pavos, el cocido y los caldos, pasaron a comer los postres a la sala. Rosario estaba más tierna que de costumbre. Se recostó mimosa en el pecho de su marido. Él al verla tan necesitada de su cariño le acariciaba la cabeza. Después de la medianoche los parientes y amigos se retiraron. Afuera seguía nevando.

Rosario quiso quedarse un momento más sentada en el sofá con su marido. Necesitaba estar a solas y en silencio. Fue entonces cuando la mujer le susurró:

—Voy a ser madre, mi amor —Bernabé atizó los leños. Brindaron con un buen vino tinto. Pasaron la noche sobre la alfombra entre besos junto al fuego.

El paisaje era ocre y dorado. La comadrona fue recibida por María y Manuela. La madre y la criada nerviosas asistían a la partera. Rosario estaba muy débil. Desde hacía meses una sospechosa tos le impedía dormir bien. La nueva vida se empecinaba en salir. La débil madre ahogaba los lamentos de dolor en el mordido pañuelo.

Anochece cuando se escucharon los gritos del bebé. El 20 de septiembre de 1849 nació Cristián Demaría.

